

13. EL DIOS QUE CONOCE

LA CARACTERÍSTICA EXCLUSIVA DEL CONOCIMIENTO DE DIOS ES su totalidad o su perfección: su *omnisciencia* para utilizar el término teológico correspondiente. La omnisciencia divina alcanza no sólo el conocimiento que Dios tiene de nosotros, sino también el conocimiento que él posee sobre la naturaleza, el pasado, el presente y el futuro. Abarca todo lo imaginable, y todavía más. Es un conocimiento que Dios siempre ha tenido y que siempre tendrá. No hay necesidad de que él aprenda nada. En realidad, si queremos comprender el conocimiento de Dios con exactitud, es necesario afirmar que Dios nunca ha aprendido y no puede aprender, porque él ya sabe todo y siempre ha conocido todo de antemano.

Apreciamos la omnisciencia de Dios cuando Isaías interroga a la nación rebelde: "¿Quién enseñó al Espíritu de Jehová, o le aconsejó enseñándole? ¿A quién pidió consejo para ser avisado? ¿Quién le enseñó el camino del juicio, o le enseñó ciencia, o le mostró la senda de la prudencia? (Is. 40:13-14). La respuesta, obviamente, es nadie. Dios está infinitamente por encima de su creación en todo conocimiento y entendimiento. De manera similar, Dios mismo le habla a Job desde un torbellino: "¿Quién es ése que oscurece el consejo con palabras sin sabiduría? Ahora ciñe como varón tus lomos; yo te preguntaré, y tú me contestarás. ¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra? Házmelo saber, si tienes inteligencia. ¿Quién ordenó sus medidas, si lo sabes? ¿O quién extendió sobre ella cordel? ¿Sobre qué están fundadas sus basas? ¿O quién puso su piedra angular, cuando alababan todas las estrellas del alba, y se regocijaban todos los hijos de Dios? (Job 38:2-7). Nuevamente, la respuesta es que frente al conocimiento divino, que es perfecto, el conocimiento humano es prácticamente nulo.

El conocimiento de Dios se extiende hasta el conocimiento más íntimo de la persona. "Porque Yo conozco sus obras y sus pensamientos", le dijo Dios a Isaías refiriéndose al pueblo judío (Is. 66:18). David expresó: "Oh Jehová, tú me has examinado y conocido. Tú has conocido mi sentarme y mi levantarme; has entendido desde lejos mis pensamientos. Has escudriñado mi andar y mi reposo, y todos mis caminos te son conocidos. Pues aún no está la palabra en mi lengua, y he aquí, oh Jehová, tú la sabes toda" (Sal. 139:1-4). Y el autor de la epístola a los Hebreos escribe: "Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta" (He. 4:13).

Es imposible sobre afirmar las características del conocimiento de Dios. Como Thomas Watson observó hace varios años, el conocimiento de Dios es *primario*, porque él es la matriz y la fuente de todo conocimiento, de la que todos los demás conocimientos meramente toman prestado; su conocimiento es *puro*, porque no está contaminado por el objeto ni por el pecado; su conocimiento es *fácil* y accesible, porque no tiene ninguna dificultad; es *infalible*; es *instantáneo*; es absolutamente *retentivo*. Dios es perfecto en su conocimiento.

LA AMENAZA DE LA OMNISCENCIA

Podríamos pensar que la omnisciencia divina sería reconfortante para nuestro estado natural; el creer en la existencia de un conocimiento perfecto (aunque fuera de nuestro alcance) haría del mundo un lugar menos amenazante. Pero la realidad apunta a que lo contrario es lo cierto. Reconocer que existe un Dios que conoce todo sobre todo es también reconocer que ese Dios nos conoce a nosotros. Y como hay algunas cosas sobre nosotros que no deseamos que sean conocidas, las ocultamos -de los demás, e incluso de nosotros mismos-. Un Dios que nos conoce en lo más profundo de nuestro ser nos trastorna.

Arthur W. Pink señala que el pensar sobre la omnisciencia divina "nos llena de desasosiego". A. W. Tozer observa que "En la omnisciencia divina vemos cómo se confrontan el terror y la fascinación por la Divinidad. Que Dios conozca hasta lo más recóndito de una persona puede ser causa de temor en un hombre que tiene algo que ocultar -algún pecado renegado, algún crimen secreto contra el hombre o contra Dios-".² Pero Tozer no está hablando sólo sobre alguna persona u otra. Su descripción se

extiende a toda la raza, y por lo tanto, también a nosotros. Todos nos hemos rebelado contra Dios y tememos ser expuestos.

En años recientes, nadie ha documentado nuestro temor más cuidadosamente que R. C. Sproul en su *The Psychology of Atheism*. Sproul le dedica un capítulo al tema de "Dios y la desnudez" y analiza el temor que el individuo moderno siente a ser expuesto, primero ante los demás y luego también ante Dios. El primer objeto de su análisis lo constituye la obra de Jean Paul Sartre. Sartre ha hablado sobre el temor de ser cuando se está bajo la mirada de otro. Nosotros podemos mirar fijamente a otro, despreocupadamente. Pero, basta darnos cuenta que alguien nos está mirando fijamente para que nos sintamos avergonzados, confusos y temerosos, y que nuestro comportamiento se altere. Odiamos esa experiencia y hacemos todo lo posible por evitarla. Si no podemos evitarla, la experiencia se toma intolerable.

En la que es posiblemente la obra más conocida de Sartre, *Sin salida*, cuatro personajes están encerrados en una pieza y no tienen nada para hacer excepto hablar y mirarse los unos a los otros. Es un símbolo del infierno. En las líneas finales de esta obra dramática esto resulta muy claro cuando Garcin se para frente a un busto de bronce y lo toca. Dice:

Sí, ahora es el momento. Estoy mirando este objeto sobre la repisa, y ahora comprendo que estoy en el infierno. Os digo, todo ya ha sido pensado de antemano. Ellos sabían que me pararía frente a esto de bronce, con todos esos ojos fijos en mí. Devorándome. (Gira en redondo repentinamente.) ¿Cómo es esto? ¿Solamente vosotros dos? Creí que erais más; muchos más. (Se ríe.) Entonces esto es el infierno. Nunca lo hubiera creído. Recordáis todo lo que se nos dijo sobre las cámaras de tortura, el fuego y el azufre, la "marga ardiendo". ¡Son sólo cuentos! No hay ninguna necesidad de atizadores al rojo vivo. El infierno -¡son los otros!³

Las direcciones escénicas finales dicen que los personajes se dejan caer en sus respectivos sillones, la risa se apaga y "se miran fijamente" entre sí.

En la filosofía de Sartre este temor a estar bajo la mirada de otro es razón suficiente para eliminar a Dios; bajo la mirada de Dios somos reducidos a objetos y nuestra humanidad es destruida. El punto que más interesa aquí, sin embargo, es el temor a la exposición. ¿De dónde puede provenir si no es de una culpa real y merecida que surge de nuestra rebelión contra el único soberano y santo Dios del universo?

Sproul analiza a continuación el libro *Body Language* de Julius Fast. Este libro es un estudio sobre cómo los seres humanos se comunican de manera no verbal al asumir distintas posiciones corporales, distintos gestos, movimientos con la cabeza, con las cejas, y otros. Fast señala que es posible mirar fijamente un objeto por un largo período. Una persona puede mirar fijamente un animal. Sin embargo, mirar fijamente a otra persona no es un comportamiento aceptable porque, si la mirada no se desvía y se mantiene por un lapso prolongado, puede provocar hostilidad o vergüenza, o ambas. El hecho de que tengamos puertas, celosías, vestimenta y cortinas en las duchas refleja nuestro deseo y necesidad de privacidad.

En tercer lugar, Sproul estudia el libro *The Naked Ape* (cuya traducción al español sería "El mono desnudo") de Desmond Morris, otra obra muy popular. El "mono desnudo", por supuesto, es el ser humano. El título del libro como así también su contenido resaltan la singularidad de los humanos en su desnudez. Somos animales desnudos, no tenemos cabello que nos cubra, pero nuestra desnudez nos avergüenza y buscamos ocultarnos de la mirada de otras personas.

En cuarto lugar, Sproul menciona al filósofo y escritor danés Soren Kierkegaard, señalando como este filósofo "es extremadamente crítico de la persona que vive solo en el plano 'estético' de la vida, o como un 'espectador', operando ocultamente detrás de una máscara", mientras que él mismo "se preservó una isla para ocultarse él y todos los demás hombres". Él sabía que "la soledad brinda un lugar para ocultarse, lo cual es necesario para el sujeto humano".⁴

Lo que surge de estas expresiones modernas es una extraña ambivalencia. Por un lado, los hombres y las mujeres desean ser conocidos. Una evidencia moderna de esto es la popularidad de las sesiones de terapia, la psiquiatría, las charlas televisivas y las películas de sexo explícito. Pero en un sentido más

profundo, los hombres y las mujeres temen dicha exposición, porque se avergüenzan de lo que hay para ver -por otras personas y por Dios. Con los demás, siempre hay manera de ponerse a cubierto. Nos vestimos, por ejemplo. En un nivel psicológico, cuidadosamente medimos nuestras palabras para que solamente se conozcan aquellas cosas que nosotros queremos que se sepan sobre nosotros. En ocasiones desplegamos un frente que es totalmente falso. ¿Pero qué haremos con respecto a Dios, frente a quien "todos los corazones son abiertos, y todos los deseos son conocidos"? No hay nada que pueda hacerse. Y como consecuencia de esta toma de conciencia del conocimiento de Dios, como también de su soberanía y su santidad, se produce la ansiedad y el espanto en los hombres y las mujeres caídos.

CUBIERTOS CON UN MANTO DE JUSTICIA

El miedo al conocimiento de Dios no es una experiencia normal para los cristianos. Pero antes de considerar qué es lo que el conocimiento de Dios significa para ellos, debemos determinar por qué ha dejado de ser un motivo de temor. La experiencia de Adán y Eva puede resultar ilustrativa. Adán y Eva habían pecado, y cuando pecaron se percataron que estaban desnudos. Ellos ya estaban desnudos en un sentido estrictamente físico. Pero como no habían pecado "no se avergonzaban" (Gn. 2:25). Después que se convirtieron en pecadores, su desnudez fue algo más que solo física. Fue una desnudez psicológica ligada a su culpa moral. Eran culpables, frente a ellos y frente a Dios.

¿Qué fue lo que había ocurrido? Dios se "paseaba en el huerto" y los iba a enfrentar en su desnudez. Él iba a traer a la luz su pecado, porque el pecado no puede ocultarse en su presencia. Pero luego él hizo algo asombroso. Los vistió, los cubrió con las pieles de unos animales que él mismo había sacrificado.

Este es el mensaje del cristianismo: que podemos ser conocidos, pero al mismo tiempo cubiertos o vestidos. Pero el ser vestidos no se logró completamente con la piel de los animales. El vestir a Adán y Eva era sólo un símbolo, una parábola actuada, de lo que había de suceder cuando Dios enviara a Jesucristo a morir por nuestro pecado para poder levantar nuestra culpa. Sobre la base de este sacrificio expiatorio perfecto, Dios entonces cubriría a todos los que creen en Cristo con la propia justicia del Señor. La obra de Cristo hace que ahora Dios no nos mire como pecadores, sino como transformados en justos por Cristo. Ahora podemos pararnos frente a él, en lugar de ocultarnos -no porque Dios se haya vuelto ignorante de nuestro pecado, o porque éste haya cesado de molestarle, sino porque lo ha conocido y lo ha tratado perfectamente-. Ahora podemos exclamar con Isaías: "En gran manera me gozaré en Jehová, mi alma se alegrará en mi Dios; porque me vistió con vestiduras de salvación, me rodeó de manto de justicia, como a novio me atavió, y como a novia adornada con sus joyas" (Is. 61:10).

MOTIVOS PARA EL GOZO

La omnisciencia es causa de incomodidad y aun de espanto para aquellos cuyo pecado no ha sido cubierto con la justicia de Cristo. Pero para los cristianos hay tres razones que hacen que esta omnisciencia sea de gran bendición y motivo de gozo.

En primer lugar, como Dios conoce todo sobre nosotros, conoce lo *peor sobre nosotros* pero aun así nos ama y nos ha salvado. En las relaciones humanas muchas veces tenemos miedo de que algo sobre nosotros pueda salir a relucir y quiebre nuestra relación. Si así no fuera, ¿por qué es que siempre tratamos de presentarnos de la mejor manera frente a los demás? Pero Dios ya conoce lo peor sobre nosotros y, sin embargo, continúa mostrándonos su amor. Él "conoce nuestra condición" y "se acuerda de que somos polvo" (Sal. 103:14). No debemos temer que surja algo de nosotros que sorprenda a Dios, que algo oculto salga a la luz y se descubra nuestro pasado vergonzoso, o que un informante hable en nuestra contra trayéndonos vergüenza. No puede suceder nada que Dios ya no lo sepa.

Un escritor relaciona este sentimiento de seguridad con el ministerio del Espíritu Santo dentro de nosotros.

Sirve de gran consolación saber que el Espíritu Santo no mora en nosotros como un espía para descubrir nuestras flaquezas e informar a Dios sobre ellas para que seamos condenados. El Espíritu Santo sabe que Cristo ya ha sido condenado en nuestro lugar, y nos acompaña como un tenedor de

libros o como el cajero de Dios, para siempre recordarnos de nuestro saldo, y para darnos los frutos de nuestra herencia para que podamos vivir en el triunfo que ha sido adquirido para nosotros.⁵

En segundo lugar, Dios no sólo conoce lo peor sobre nosotros, sino que también conoce *lo mejor sobre nosotros*, aunque lo mejor sobre nosotros pueda pasar desapercibido para los demás. Hay momentos en nuestras vidas cuando nos desempeñamos muy bien en determinada área, y sin embargo pasamos desapercibidos. Otras veces hacemos lo mejor que podemos y fracasamos. Y lo que hemos realizado es malentendido. Las cosas a veces no resultan como había sido nuestra intención. La gente dice -y aun nuestros amigos, "¿Cómo pudo fulano hacer tal cosa? Yo tenía mejor opinión de él". Ellos no conocen la situación, y tampoco conocen nuestros corazones. Son críticos, y nada de lo que hagamos y digamos les hará cambiar de parecer. ¿Y, entonces, qué haremos? Es consolador saber que Dios, que conoce todas las cosas, también nos conoce a nosotros y sabe que hicimos lo mejor que fuimos capaces. Y él no nos juzga. Él no nos condena.

Un padre le está enseñando a caminar a su hija de un año. Ella lo intenta pero se cae. Él la vuelve a poner sobre sus pies y ella vuelve a caerse. Entonces él se enoja, grita, y le dice: "Tú eres una tonta. Yo soy un buen maestro, pero tú no aprendes nada". Cuando ella se cae por tercera vez, él le pega. Evidentemente, tendríamos un pobre concepto de dicho padre. Por otro lado, tendríamos un elevado concepto del padre que dice: "No te preocupes. Sólo te caíste, pero un día vas a caminar. Yo sé que estás haciendo lo mejor". Nuestro Dios se parece al segundo padre. Él conoce nuestras debilidades y nuestro pecado, pero también sabe cuando lo intentamos, y es paciente.

En tercer lugar, Dios sabe *lo que va a hacer de nosotros*. Es decir, sabe con qué propósito hemos sido formados y ciertamente lo cumplirá a su debido tiempo. Este propósito está expresado explícitamente en Romanos 8:29. La mayoría de los cristianos conocen de memoria el versículo anterior, Romanos 8:28. Es una promesa muy reconfortante: "Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados". Pero es una pena que muy pocos han memorizado el versículo siguiente donde se nos dice cuál es el propósito mencionado en el versículo 28. "Porque a los que antes conoció también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos". Dios se ha propuesto que seamos como Jesucristo. Este es el propósito de la redención, y en este contexto fue escrito Romanos 8:28. La redención comienza con el reconocimiento selectivo de Dios de su propio pueblo, el cual ha sido predestinado para ser conforme a la imagen de Cristo -él ha seleccionado el material y la matriz-. La redención luego incluye el llamado de estos elegidos a la salvación, su justificación por la obra de Cristo y su glorificación, el resultado final y acabado de los propósitos de Dios.

En el transcurso de la vida cristiana muchas veces nos desanimamos, y muchas veces con razón. Damos un paso adelante, y luego medio paso para atrás. Una vez tenemos éxito, y luego fracasamos dos veces. Vencemos a la tentación, pero también caemos en la tentación, vez tras vez. Decimos: "No estoy haciendo ningún progreso. Estoy peor este año que el anterior. Dios debe estar desilusionado conmigo". Pero Dios no está desanimado con nosotros. Ese es el punto. Dios sabe todo. Es así que, aunque conoce nuestras derrotas y nuestras victorias, aunque éstas sean pocas, él sabe mucho más que sólo eso. Él sabe que un día por su gracia seremos hechos conformes a la imagen de Jesucristo. Podemos tener la plena certeza. Debemos tomar confianza en esta promesa, no importa cuántas veces nos desanimemos. Nuestro destino final es enorme; a la luz de tal destino todos los logros tan aplaudidos de nuestra época y nuestros logros personales se opacan y se tornan virtualmente insignificantes.

La omnisciencia de Dios también afecta otras áreas de nuestra vida. Primero, si Dios es el Dios de todo el conocimiento, deberíamos comprender la importancia que tiene el conocimiento. Hemos sido hechos a imagen de Dios. Una de las cosas que esto significa es que podemos aprender a pensar los pensamientos de Dios y compartir su conocimiento. Podemos poseer el verdadero conocimiento en este mismo sentido, si bien no al mismo nivel con que Dios posee el conocimiento. Estudiar y aprender son dos actividades valederas.

Segundo, la hipocresía es necesidad. Podemos intentar engañar a las demás personas sobre lo que somos en realidad, y hasta cierto punto lograrlo. Pero no podemos engañar a Dios. Por lo tanto, si podemos

paramos frente a él con todo nuestro pecado expuesto pero cubiertos por la justicia de Cristo, entonces podemos pararnos frente a cualquiera sin sentirnos atemorizados de que puedan llegar a conocernos tal como somos. Podemos ser osados para hacer lo que nos parece correcto, sin importarnos que esto sea malentendido o ridiculizado. Podemos ser hombres y mujeres de palabra. Podemos dejar que nuestro Sí sea Sí y que nuestro No sea No, porque Dios nos conoce. No tenemos por qué pretender que somos lo que no somos.

Por último, podemos ser animados cuando sobrevengan las dificultades. Job pasó por muchas dificultades, pero todavía pudo decir: "Mas él conoce mi camino; me probará, y saldré como oro" (Job 23:10). Podemos descansar tranquilos, sabiendo que Dios conoce todo. Podemos orar, porque tenemos la seguridad que ninguna oración, ningún grito de ayuda, ni siquiera un suspiro o una lágrima, pasarán desapercibidos por aquel que ve hasta lo más profundo de nuestros corazones. A veces hasta ni oraremos. Pero "antes que clamen, responderé yo; mientras aún hablan, yo habré oído" (Is. 65:24). El único requisito es que retiremos y bajemos estas verdades del estante de la teología y las pongamos en práctica en nuestra vida cotidiana.

Notas

1. Pink, *The Attributes of God*, p. 13.
2. Tozer, *The Knowledge of the Holy*, p. 63.
3. Jean-Paul Sartre, *No Exit and Three Other Plays* (New York: Vintage Books, 1949), p.47.
4. Sproul, *The Psychology of Atheism*, pp. 114-16. El análisis completo sobre la desnudez en la cultura moderna se encuentra en las páginas 107-18.
5. Donald Grey Barnhouse, *God's Heirs* (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1963), pp. 145-46.